

El derecho de propiedad en Gaza

RAMON MARIMON

En el infierno en que se ha convertido Gaza no caben discusiones partidistas o semánticas (aunque no veo mejor descripción que genocidio) y, como ya se ha señalado en estas páginas, esto explica el inmediato soporte generalizado al plan para la paz de Trump y Netanyahu. “Lo urgente es parar la matanza”, titulaba el editorial de EL PAÍS del 1 de octubre. Cierto, pero en todo acuerdo de paz hay que separar: lo que se dice con rotundidad (el compromiso), lo que se dice con ambigüedad (es decir, no creíble) y lo que no se dice. Por ejemplo, el ambiguo punto 19 sobre el futuro Estado palestino ya ha dejado claro Netanyahu que es papel mojado. Y, sobre las ausencias, la que más se ha notado es la de la otra parte, como todo acuerdo de paz requiere: ni Hamás, a la que se derrota, ni la Autoridad Palestina, a la que se le da largas. Pero hay otra ausencia que es casi tan importante.

¿De quién va a ser la franja de Gaza? Normalmente, la paz territorial no sólo resuelve la guerra, sino, a la vez, quién es soberano de cada territorio y, en consecuencia, cómo se restablece la propiedad en cada territorio. Desgraciadamente, no es así en el caso de la franja de Gaza y no estamos hablando de un territorio cualquiera, sino de “una mina de oro”, como les gusta llamarla a Trump y los ministros de Netanyahu.

Le pregunto a ChatGPT-5 por “el derecho de propiedad de Gaza” y me contesta de entrada que “es un tema delicado”, y acaba su pequeño informe con este resumen: “El régimen de propiedad en Gaza refleja más de un siglo de marcos legales superpuestos y conflictos políticos no resueltos. El sistema actual está conformado por leyes otomanas, británicas, egipcias, israelíes y palestinas, agravado por el desplazamiento forzado y las reiteradas guerras. Alrededor del 70% de los 2,2 millones de habitantes de Gaza [antes del genocidio] son refugiados cuyas propiedades originales se encuentran en el actual territorio de Israel, regidas por la Ley de Propiedades de Ausentes de Israel (1950), que impide su restitución o retorno”.

El resto de habitantes que podrían reclamar sus propiedades lo tienen muy difícil, si no imposible. El registro que estableció la Autoridad Palestina en los años noventa es de dudoso valor. Bajo la legislación humanitaria internacional, Gaza sigue “ocupada” por Israel. Es decir, los derechos de propiedad están protegidos por la Cuarta Convención de Ginebra, que prohíbe la destrucción/confiscación de la propiedad privada, excepto cuando hay una necesidad militar. En resumen, en la Franja destrozada militarmente, los derechos de propiedad forman parte de sus ruinas.

Es en este contexto en el que se debe releer el plan para la paz: “3. Gaza será reconstruida en beneficio del pueblo de

Normalmente, una paz territorial resuelve la soberanía de cada territorio, pero no en la Franja

Gaza, que ha sufrido más que suficiente”. Las buenas palabras con que acaba no pueden esconder la ambigüedad de lo que dice. ¿Se va a dar la propiedad de la Franja al pueblo de Gaza? “9. Gaza será gobernada por un Gobierno transitorio temporal (valga la redundancia) de un comité palestino tecnócrata y apolítico, responsable de la gestión cotidiana de los servicios públicos y los municipios para

la población de Gaza”... con la supervisión de... la “Junta de la Paz” presidida por Donald J. Trump... Este organismo manejará la financiación para la reurbanización de Gaza hasta que la Autoridad Nacional Palestina haya completado su programa de reforma. Ni una palabra sobre quién y cómo se restablecerá y protegerá la propiedad en Gaza, lo que despeja el camino para que cuando le toque el turno a la Autoridad Palestina la “mina de oro” ya esté vendida.

Supongamos que me equivoco y que el comité palestino tecnócrata y apolítico, aparte de la logística, también restablece la propiedad en Gaza según el registro de la Autoridad Palestina que resulta estar al día y puede identificar las distintas propiedades entre las ruinas y a sus propietarios (a los supervivientes, a los parientes de los muertos, etcétera), así como la propiedad colectiva que temporalmente gestionará el comité mientras no lo haga la Autoridad Palestina. ¿Cuánto van a tardar las grandes inmobiliarias en hacer ofertas, prácticamente imposibles de rechazar, a los propietarios privados (y a sobornar los gestores de la propiedad pública)? Así, la especulación inmobiliaria puede finalizar lo que el genocidio no ha acabado: la diáspora final del pueblo palestino.

Aunque quizás no hará falta la especulación inmobiliaria. Solo es necesario que ante la caótica conformación de leyes, la “Junta para la Paz”, con su panel de expertos que han contribuido al nacimiento de algunas de las prósperas ciudades milagrosas y modernas de Oriente Próximo (como se dice en el punto 10), decida que la bella Riviera del Mediterráneo Este se merece una ley igualmente bella y sencilla: la ley del mar, según la cual quien salva del naufragio una embarcación, esta pasa a ser de su propiedad. Precisamente la “Junta para la Paz” presidida por Trump está diseñada para salvar a Gaza de su total destrucción.

Ramon Marimon es profesor emérito del European University Institute y de la Barcelona School of Economics.

FLAVITA BANANA



MARTA PEIRANO

Poner el cuerpo

Que lo personal es político es un viejo lema feminista que la gente repite mucho pero mal. No significa que nuestra vida privada o nuestro cuerpo constituyan una forma de activismo político. Ser trans o ser homosexual puede parecer un acto de resistencia en aquellos lugares donde se enfrenta a la discriminación o la violencia, pero nadie elige serlo por razones ideológicas o políticas. Es una identidad. Lo personal es político quiere decir que las experiencias que a veces vivimos como faltas personales, como la incapacidad para ascender por encima de determinado puesto, o recibir el sueldo y el reconocimiento que merecemos, pueden ser consecuencias de una condición

de clase. “Lo que pasa en la casa, en la cama o en el cuerpo no es neutro, sino que está moldeado por el poder, las normas y la cultura”, decía Carol Hanisch en su ensayo de 1969. Ponte traje de chaqueta, córtate el pelo y fuma puros con los pies sobre la mesa, pero te pasa lo mismo que a Ray Liotta en *Goodfellas*: si no eres italiano, no puedes ser uno de los nuestros. Yo no había entendido lo que significa poner el cuerpo hasta hoy.

Tengo dos amigos muy queridos en Israel. Los dos son judíos. Mushon Zer-Aviv es diseñador, vive en Tel Aviv, y es miembro de la junta directiva de A Land For All, una organización binacional que propone la coexistencia entre israelíes y palestinos bajo la idea de “dos Estados,

una patria”. David Adler es un economista norteamericano, coordinador de Progresive International, y está detenido en Ketziot, la cárcel más grande de Israel, por intentar llevar comida y medicamentos a Gaza. Hace tres días que no sabemos nada de él.

Hace meses que discuto con Mushon porque quiero que tenga un plan de huida. Le recuerdo que lo imposible puede ocurrir de la noche a la mañana. Le digo: preso no ayudas a nadie. Piensa en tus hijos y tu mujer. Peleamos, por primera vez en 20 años, porque no quiere ni hablar del tema. Dice que los palestinos no pueden huir, y que sólo las personas con privilegios pueden defender su derecho a ser tratadas como seres humanos, antes de que ese derecho desaparezca con ellas. David dice que perseguir la justicia es imperativo de todo judío porque lo manda la Torá, y el suyo especialmente porque “el Estado de Israel pervierte esta sagrada obligación, supervisando el holocausto del pueblo palestino” con “la misma furia

genocida que persiguió a mis ancestros”. Toda mi vida he temido por la libertad de algunos de mis amigos, pero nunca hasta ahora había temido por sus vidas. Eso es lo que significa poner el cuerpo. Yo lo había entendido mal.

Para mí poner el cuerpo quería decir transformarse en obstáculo. Bloquear un desahucio; boicotear una fábrica; ocupar una mina o una central nuclear para impedir una crisis medioambiental. Ahora sé que significa ampliar la cadena de distribución del miedo, porque Israel ya no es un problema abstracto para mí. Abrir el círculo de la empatía y la solidaridad que el fascismo trata de cerrar con violencia, burla y propaganda. Pero, sobre todo, significa establecer un punto de contacto con una experiencia que sólo admitimos cuando ya es demasiado tarde. La posibilidad de que un diseñador y un politólogo sean encerrados o asesinados por imaginar una solución pacífica entre vecinos, o impedir la muerte de miles de niños por inanición.